

A esas mosas presumias
Naide las puee agraviá ;
Y á los chusqués que les lairen
Se les pega una patá.

— ¡Fuego é Dios ! gritó *Centella*, dando una terrible patada en el suelo que hizo retemblar la sala. ¿Y quién lo ise?

— Quien es capas é jacerlo , contestó el *Lobo* poniéndose en pié.

— ¡ Tú , mandria !

— ¡ Yo , señó agurrio ! No vé que le dan calabasa

Centella lanzó un rugido de rabia , y quitándose el sombrero se lo tiró al *Lobo* á la cara.

— ¡ Toma , tunante !

El *Lobo* enarboló la guitarra , que fué á hacerse astillas contra una de las cornucopias , cuya luna cayó hecha pedazos.

Estos fueron los preludios de la horrible escena que se siguió.

Así como un huracan arrebatá y arrolla cuanto halla á su paso, así los dos golpes mútuos que se tiraron los dos rivales causaron el mismo efecto. Hombres y mujeres dejaron sus asientos, unos para poner paz, los otros para huir del peligro; algunos para defender á aquel por quien tenían mas interés. A los alegres sonidos de las guitarras y de las castañuelas, á los gritos de júbilo, sucedieron otros de rabia y venganza, de espanto y de temor. En breve se escabulleron casi todos, quedando solo en la sala diez ó doce, divididos en dos bandos prontos á embestirse de muerte. De un lado se veía á *Centella*, frenético, respirando sangre y venganza, asistido de su padre y de otros dos amigos; del otro estaba el *Lobo* no menos dispuesto á la pelea con otros cuatro ó cinco partidarios suyos. La Berroqueña, causa de todo aquel trastorno, con su tia y otra mujer, estaba en medio de los combatientes, sirviendo como de línea divisoria, pálida, temblorosa, descompuesto el peinado, pero no menos hermosa é interesante en su desordenado espanto.

Brillaban en las manos del *Lobo* y de sus compañeros los cuchillos homicidas, contenidos únicamente por la Berroqueña y las otras dos mujeres.

— ¡ Por Maria santísima ! exclamaba; ¡ vaya una perdision ! *Lobo*, si es verda que me quieres, no me pierdas.

— ¡ No tengas eudio, mugé ! Voy á limpiá la haba á ese mosito.... Mandria ! Ahora verémos quien se la yeval

— ¡ So bocon ! contestó *Centella*, cada vez mas ciego de rabia y de celos, al ver á la Berroqueña suplicando á su rival; aquí la querrá echá é hombre, entre los jarapos ! Si es osté capas, eche el cuelpo á la calle y no comprumeta á naide.

— ¡ Quitá , mugé ! repuso el *Lobo*; voy á abrirle á ese la ventana por onde le sarga el alma.

Y dando un fuerte empeñon á la Berroqueña se plantó de un salto junto á *Centella* al que tiró un viaje. Agil como el tigre evitó *Centella* el fatal golpe, y se puso en guardia con su cuchillo, lo mismo que sus dos amigos y su padre, que habia encontrado toda la fuerza y energía de sus primeros años al tratar de defender á su hijo. Pronto puso *Centella* fuera de combate á uno de sus contrarios atravesándole un brazo; y los restantes, temerosos de las consecuencias que podia traerles aquella contienda, no menos que de caer en poder de la justicia, que no podia tardar en presentarse, atraída por el alboroto y por los gritos de las

infinitas personas que llamaban á la guardia, se retiraron, imitando su ejemplo los amigos de *Centella*, y dejando á este solo con su padre y el *Lobo*. Desde que el señor Juan vió esto, descuidado en el valor y habilidad de su hijo tiró el cuchillo, y se quedó como simple observador de la lucha que debia empeñarse entre los dos enemigos irreconciliables.

La Berroqueña entretanto habia vuelto á ponerse ante el *Lobo*, y seguía suplicándole. Mirábala *Centella* con ojos celosos que se la presentaban doblemente hermosa, doblemente ingrata y desleal; pero todo su ódio era para el *Lobo*, pues ni en aquel trance podia odiar á la Berroqueña, ni amarla menos. Tampoco podia satisfacer su ódio, porque la Berroqueña era un escudo que protegía al *Lobo* al quererlo detener. Así es que permanecía inmóvil en su sitio sin atreverse á jugar su cuchillo por miedo de herir á la que era su vida; pero en cambio excitaba sin cesar la rabia del *Lobo*, prodigándole epítetos ultrajantes:

— ¡ So chicharra ! le decia ¿aonde se le han fo las alas? Bien ha jechosté en ponese á la sombra del Angel Custodio.

Bramaba el *Lobo* y forcejeaba por librarse de los brazos de la Berroqueña.

— Vaya, no se incomoe osté mas, ni jaga ma aspavientol continuaba *Centella*, está visto que es osté jembro é genio!... El sainete no está el too malo.... No lo sueltosté, morena, que se puee caé é canguelo.... No vé osté como le bailan las piernas, que paese tiee perlesia.

No ignoraba *Centella* que el *Lobo* era hombre de corazon, y por eso le insultaba para exasperarlo hasta lo sumo, y poder llegar á las manos con él. Así fué en efecto. Ciego ya el *Lobo* por la rabia, hizo un violento esfuerzo y rechazó á la Berroqueña, acompañando esta accion con una horrible blasfemia.

Cayó la Berroqueña lanzando un ay agudo que hizo estremecer á *Centella*: un lago de sangre le dió á conocer que el cuchillo del *Lobo* la habia herido.... Un segundo despues cayó el *Lobo* con el corazon pasado por el puñal de *Centella*, mientras éste pálido, trastornado, erizado el cabello, y los ojos fijos é inmóviles, contemplaba aquel horrible y repugnante cuadro sin comprenderlo, sin saber lo que pasaba.

El señor Juan lo tenia abrazado y le dirigia palabras de afecto y ternura.... Por contestacion recibió una horrible carcajada que le hizo estremecer y que resonó en toda la casa con un eco fatal, que heló la sangre en las venas á los soldados que llegaban al lugar de aquella escena de muerte y desolacion....

La justicia se opoderó de dos cadáveres, de un loco y de un infeliz padre que habia perdido el conocimiento á la fuerza de su dolor....

— Pobre hijo mio, exclamó el tio Juan con voz interrumpida por sollozos, cuántas peniyas sufrí en los dos meses que viviste despues de aquella esventura.

Al alzar la vista del papel para dirigirle algunas palabras de consuelo, me sorprendió en extremo el estado en que se hallaba el infeliz viejo. Agitaba todos sus miembros un temblor convulsivo: tenia el rostro encendido y gruesas gotas de sudor corrian por su frente. Le pulsé, y el frecuente latido de sus arterias me hizo conocer se habia apoderado de él una fuerte calentura. Alarmado al verle en tal estado, llamé á su sobrina y lo llevamos á la cama. El pobre padre habia creído tener mas valor del que efectivamente tenia.